

Una esperada declaración ► Las protestas



►► Medio centenar de agentes de la Policía Nacional vigilaron a los manifestantes en las inmediaciones de la Audiencia.



El duque baja la cabeza

Unas 700 personas airadas abuchearon a Iñaki Urdangarín a su llegada a la Audiencia de Palma ≡ **El yerno del Rey** decidió caminar por la rampa que lleva a la puerta de los juzgados

CATALINA GAYÁ
PALMA

Tiene que ser difícil bajar los 35 metros de la rampa que conduce a la puerta trasera de los juzgados de Palma con entereza mientras una multitud te insulta y hay un centenar de periodistas que registran cualquier movimiento. Ayer, a las 8.50 horas, Iñaki Urdangarín, duque de Palma, se sumó a los ciudadanos anónimos que descienden por esa rampa sin saber cuál es su futuro. Muy entero no se le veía; demacrado y preocupado, sí. Quizá también perplejo porque una señora acababa de estampar dos huevos contra su coche azul.

Esos dos huevos eran el símbolo de la ira social que, desde hacía una hora, iba en aumento en la calle de Parellada. Hasta 700 ciudadanos habían recibido al duque al grito de «chorizo». Los estudiantes de la asamblea de la Universitat de les Illes Balears (UiB) alternaban lo de «chorizo» con un «*Fora, fora la Corona espanyola*». La consigna antimonárquica dividía al público porque los mallorquines van casi siempre al 50% en casi todo, in-

cluso en lo que se refiere a la monarquía. Una señora vestida de presa se proclamaba monárquica al tiempo que gritaba «chorizo» al duque.

Mientras Urdangarín caminaba, porque así lo quiso él o así lo acordó con alguien, a un lado de la calle —donde solo se permitía el acceso a periodistas y policías— se hizo el silencio. Empezaba la movida. En el otro, el ruido se tornaba ensordecedor.

El viernes, el juez decano de Palma, Francisco Martínez Espinosa, le había abierto la posibilidad de llegar hasta la puerta del juzgado en coche por «**estrictas razones de seguridad**». Pero el duque se apeó, levantó la vista y caminó junto a su abogado, Mario Pascual Vives, hasta esa puerta que, en verdad, no está preparada para su altura porque el duque tuvo que agachar la cabeza.

Antes de entrar, Urdangarín se detuvo cuando vio el primer micro e hizo su primera declaración. Parecía ser dolorosamente consciente de que le quedaban muchas horas por delante, mucho aguante y mucho tira y afloja con el juez, José Castro, con los fiscales y con los 30 abogados que estaban en la sala.



►► Iñaki Urdangarín abandona los juzgados ayer a mediodía.

LA IMAGEN

Urdangarín se apeó, levantó la vista y caminó hasta la puerta, cuya escasa altura le obligó a agacharse para entrar

La mañana se fue como un suspiro. En la calle, un grupo de teatro representaba la crucifixión de la justicia. En la sala, el duque desmenuzaba sus sociedades. Se puede decir que el escarnio popular fue una excepción en Mallorca. Los isleños, tras seis años de casos de corrupción que ya suman más de 500 imputados, parecen alérgicos a las manifestaciones públicas de enojo. Con el duque,

rompieron esa regla y hasta Palma llegaron jóvenes de Vilafranca, familias de Inca o de Felanitx. Algunos llegaban con pancartas ingeniosas: *Recorta la Monarquía* o *Noós satisface y alegra*.

La declaración continuó hasta las 14.00 horas, cuando se hizo una pausa de hora y media para la comida. Las pitadas al coche azul dieron paso a las chanzas. «**Los ricos no comen, almuerzan**», dijo alguien mientras se alejaba el coche. Urdangarín se fue y, como banda sonora, tuvo otra pitada popular. Castro, un aplauso a lo Guardiola.

Noticias en la comida

A las 15.23, el duque regresó al juzgado y, con esa hiperpuntualidad, evitó a parte del centenar de periodistas acreditados. En el restaurante La Plaça comieron parte de los abogados, el juez y los fiscales. Los últimos, en un reservado. Los primeros, en una mesa.

Fue durante la comida cuando se supo que la Fiscalía apuntaba a la existencia de una segunda trama de desvío de fondos. Y así también se hizo evidente que la declaración se alargaría. A las 15.30 horas, el juez José Castro bromeaba con los abogados: «**Que nadie me pague la comida**», decía y se iba sonriendo.

La tarde perdió el fuelle de la mañana. A cuentagotas, se sabía que la presunta segunda trama de corrupción tenía como eslabón final Belice. Las cosas no pintaban bien para el duque. ≡